

La vocación de paz de Europa y nuestras alternativas de defensa*

Por Alfonso ALVAREZ BOLADO

Dedicatoria

A mis amigos de la HOAC de Málaga. En diálogo con ellos comenzaron a gestarse estas reflexiones, en la primavera de 1983.

1. LA VOCACION DE PAZ DE EUROPA

Cuando se piensa en las tareas de construcción de la paz, Europa es bastante más que una situación geográfica. Por sus orígenes, por su experiencia y memoria históricas, debería asumir su vocación de factor de distensión y mediación en las relaciones Este/Oeste y Norte/Sur (1). En los quince años que quedan de siglo, esa vocación puede profundizarse o malograrse. Su logro sería un paso limitado y trabajoso pero decisivo hacia una historia más cooperativa.

¿Cumplirá Europa —y con ella, España— su vocación de paz? Toda neutralidad sería aquí signo de debilidad y aun de muerte. Por nuestra parte, el amor al Evangelio del Príncipe de la paz, y una *cierta* lectura —en clave cristiana y humana a un tiempo— de esa vocación, nos lleva a desear y a orar para que Europa acierte con su vocación de paz. La expectativa de

* El presente trabajo, elaborado en el Seminario Iglesia y Sociedad del Departamento de Teología Fundamental de la Universidad de Comillas, fue preparado como *papel de trabajo* para la CEPS (Comisión Episcopal de Pastoral Social) en julio de 1984. *Revista de Fomento Social* lo publica con permiso de su autor, por considerarlo útil pedagógicamente.

(1) En lo que va del año 1984, Juan Pablo II se ha referido varias veces a esta necesidad de la distensión Este/Oeste y de la mediación Norte/Sur. Cfr. la ya citada homilía de 1 de enero, *l'Osservatore Romano*, 2-3 de enero; "Los caminos de una comunidad mundial de los pueblos". Discurso al Cuerpo Diplomático, en *l'Osservatore Romano*, 15 de enero; "El hombre en la encrucijada de las relaciones Norte/Sur y Este/Oeste". Alocución a las comisiones internacionales "Brandt" y "Palme", *l'Osservatore Romano*, 22 de enero; también debería leerse "Responsabilidad de los cristianos europeos comprometidos en la política". Discurso a los parlamentarios peregrinos del Año Santo, *l'Osservatore Romano*, 11 de noviembre de 1983.

esos quince años críticos nos hace subir al corazón y a los labios: "Si también tú comprendieras en este día lo que lleva a la paz. Y queremos poner nuestra parte para que nadie tenga que añadir: "Pero no, no tienes ojos para verlo" (Lc. 19, 42-43).

Tres tipos de razones discernimos como raíces de esa vocación europea de paz en este fin de siglo:

1. Los orígenes cristianos y la permanente actualidad cristiana de Europa.
2. La naturaleza progresiva y crítica del continente europeo que ha sido repetidamente cuna de procesos de conocimiento crítico y de institucionalización progresiva de las libertades.
3. La experiencia histórica de las Guerras Mundiales I y II sobre el suelo de Europa, con el análisis de lo que fueron sus causas y la experiencia de lo que han sido sus resultados.

1.1. La vocación de paz de Europa por sus orígenes y su actualidad cristianos

Pese a las equivocaciones y fracasos que los pueblos y los hombres concretos que la han encarnado hayan podido cometer, la *fe cristiana* —y los humanismos que de ella han derivado— han actuado como factor universalizador y humanizante en la historia de Europa.

Esa fe no es sólo *pasado* europeo. Conscientes del profundo impacto de la secularización sobre las culturas europeas, no podemos menos de testificar la actualidad fecunda de esa fe en los pueblos europeos de hoy. Un contingente muy importante de los hombres y mujeres que habitan entre el Cabo Norte y Gibraltar, entre los Urales y los diversos Finisterres Atlánticos —aún bajo regímenes sociales y políticos antagónicos— se sienten cristianos y la fe cristiana es para ellos una realidad que genera vida y futuro. De esa actualidad testifican hechos que, a veces, pasan demasiado desapercibidos. Por ejemplo, el número considerable de europeos, de distintas confesiones cristianas que viven en otros continentes como misioneros de su fe; las Facultades de Teología en las que incluso integradas en Universidades Estatales donde, aun en países oficialmente ateos, se sigue realizando la fecunda síntesis entre fe y cultura contemporánea; los mártires cristianos muertos en la resistencia primero contra la *nazificación* y más tarde contra la *sovietización*. Otros europeos que no creen poderse llamar cristianos, se enorgullecen, sin embargo, del "fondo humano" del cristianismo y sospechan a veces el misterio escondido en ese fondo. Aquéllos y éstos, de distinta manera, esperan conjuntamente que el Evangelio inspire a Europa en este fin de siglo una energía cultural, ética y política para la creación de paz y justicia.

Estimamos que uno de los efectos del Espíritu de Jesús hoy es que todas las Iglesias cristianas de Europa se encuentren ecuménicamente interesadas en la creación de confianza entre el Este y el Oeste y en la mediación cultural, tecnológica y económica entre Norte y Sur. En cuanto cristianas, ciertamente, estas iniciativas están sometidas a condiciones espirituales de realización. Con el Papa y los Obispos europeos insisti-

mos en que, para cumplir con su vocación de paz, las comunidades cristianas de Europa necesitan reevangelizarse y que Europa entera debiera reconsiderar más honda y cordialmente la fecunda promesa del Evangelio. (2).

1.2. La vocación de paz de Europa, cuna de conocimiento crítico y de institucionalización de las libertades

Desde el siglo V a. de C., en decisivos momentos de su historia, Europa ha conocido explosiones de conocimiento progresivo y proyectos de institucionalización de la libertad humana que se han ido acumulando en un patrimonio universal, convertido en planetario en los últimos cuatro siglos. Ni hacemos la apología indiscriminada de todas sus fases, ni reivindicamos para Europa una hegemonía cultural y política. Basta con decir que, a pesar de sus reales y evidentes sombras, nosotros contemplamos ese pasado de Europa con ojos críticos pero positivos, con corazón agradecido y la responsabilidad que da la esperanza.

Hay que recordar que, como españoles, llevamos al Nuevo Mundo junto con el Evangelio la riqueza de nuestro propio "renacimiento". También que la gran potencia mundial que han llegado a ser los EE. UU. de América se origina de inmigrantes europeos y que su espíritu se configura en una conjugación de las mejores reivindicaciones y logros de las Revoluciones inglesa y francesa. Y también sería estúpido ignorar que del espíritu crítico y políticamente creativo de la "Ilustración" europea nacen algunas de las reivindicaciones más radicales y universales de la Revolución Rusa de Octubre de 1917. No es preciso estar de acuerdo con su significado global ni con su posterior degradación totalitaria, para reconocer lo que hay de vigoroso proyecto liberador en la pretensión de construir una historia humana sin la sombra de la opresión del hombre por el hombre, una historia de hermanos e iguales.

A pesar de las sombras de su pasado colonial, Europa transmitió a sus colonias la conciencia de un "plus". A esa conciencia transmitida pertenecen tanto la fraternidad universal predicada por el cristianismo, como el espíritu crítico y emancipatorio de los humanismos seculares. El proceso de descolonización —todavía a medio concluir— ha dejado en

(2) JUAN PABLO II, Alocución en la Recepción del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (19.12.1978), *I'Osservatore Romano*, diciembre de 1978; Presidente de las Conferencias Episcopales de Europa, "Responsabilidad de los cristianos frente a la Europa de hoy y de mañana" (28.9.1980), *I'Osservatore Romano*, de septiembre; Episcopados del Mercado Común, "Apelación de los episcopados a la Comunidad Europea", *La Documentation Catholique*, 7 de junio de 1981; Mgr. Lustiger, arzobispo de Viena, "Las condiciones europeas de un porvenir para Europa" (8.10.1981), *ibid.*, 1 de noviembre de 1981; JUAN PABLO II, "Las raíces cristianas de las naciones europeas". Discurso a los miembros de un diálogo internacional, *I'Osservatore Romano*, 7 de noviembre de 1981; *Id.*, "Discurso sobre la crisis de Occidente y la misión espiritual de Europa", *I'Osservatore Romano*, 13 de noviembre de 1981; Presidente de la Conferencia Episcopal alemana y francesa, "Hacer la paz" (15.6.1982), en *La Documentation Catholique*, 4 de julio de 1982; JUAN PABLO II, "Vocación de Europa bajo el signo de la cruz", *I'Osservatore Romano*, 15 de septiembre de 1983; *Id.*, "Responsabilidad de los cristianos europeos comprometidos en política", *I'Osservatore Romano*, 11 de noviembre de 1983; *Id.*, "La reconciliación de los cristianos y la unidad de Europa". Alocución a los promotores de un Congreso en el V Centenario de Lutero, *I'Osservatore Romano*, 25 de marzo de 1984.

Europa y los Nuevos Países una conciencia de "trauma" pero también una necesidad de "simbiosis". Para una y otros el proceso ha dejado tras de sí un *mestizaje cultural* que opera ya en ambos sentidos y unos cauces duraderos de recíprocos y complementarios intereses económicos y tecnológicos. Hay en todo ello la exigencia de elevar los lazos derivados del "antiguo régimen" a la calidad de una cooperación "benévola" que vincule a "familias de naciones".

Esa vocación de distensión y mediación entre Este y Oeste y Norte y Sur a la que Europa debe servir como mandato de su propia historia se expresa quizá, entre otros muchos símbolos y gestos, en las dos Comisiones Internacionales que, bajo la presidencia de dos europeos —Olof Palme y Willy Brandt— se consagran respectivamente a las finalidades que acabamos de mencionar (3). Reunidas conjuntamente en Roma en enero de 1984, Juan Pablo II les dirigió un cordial saludo de estímulo. En este encuentro quisiéramos ver la voluntad de convergencia entre la tradición cristiana y las fuerzas del humanismo secular europeo al servicio de la paz del mundo. Una vez más el Papa aprovechó la ocasión para insistir en la conexión entre los problemas y las soluciones que afectan a la vez a las relaciones Este/Oeste y Norte/Sur. Apela a esa racionalidad y ese sentido de construcción experimental, características del humanismo europeo, y recuerda que el hombre tiene que ser la medida "de todos los proyectos, de manera que las estructuras que nosotros edificamos o reformemos permitan el nivel más elevado de libertad y dignidad para cada persona tocada por la institución".

Para Juan Pablo II, "hay en ello, implícita, una visión del hombre trascendente y que trasciende, que se desarrolla a través de un crecimiento que le lleva más allá de sí mismo, realizando sus capacidades propias al participar con sus hermanos y hermanas en una obra común, y esto, en últimos análisis, a través de la realización de sus relaciones con un Dios que es el Padre de todos y la fuente suprema de la vida y la dignidad de cada persona" (4). Europa tiene muy buenas razones para sentirse comprometida con un proyecto así. Y nosotros para alinearnos con una Europa que se reconstruya a sí misma con una gran dosis de esperanza y coraje por amor de ese futuro.

1.3. La vocación de paz de Europa y la experiencia de las dos últimas guerras mundiales

Entre las causas determinantes de las dos guerras mundiales cuentan la exacerbación de los nacionalismos europeos, la competición por el

(3) La "Comisión Brandt", presidida por el ex canciller alemán, denominada también "Comisión Norte/Sur", se fundó en 1977 a propuesta de M. McNamara, presidente entonces del Fondo Monetario Internacional y de la Banca Mundial. Se compone de 19 expertos internacionales en los problemas del desarrollo y de las relaciones entre países ricos y pobres. La "Comisión Palme", presidida por el jefe del Gobierno sueco Olof Palme, fundada en 1980, tiene como finalidad mantener abierto el diálogo sobre los problemas de la seguridad mundial y del desarme. Se compone de 16 expertos provenientes de países de la OTAN, de países del Pacto de Varsovia, de países neutrales y no alineados. La reunión conjunta de las dos comisiones tuvo lugar en Roma desde el 20 al 22 de enero de 1984.

(4) *L'Osservatore Romano*, 22 de enero de 1984.

dominio de áreas de expansión y el mesianismo de ciertos sistemas de transformación y ordenación internacional (estuvieran basados en el concepto de clase, raza o pueblo). Retenemos tres características de lo que la experiencia de esas dos guerras nos puede enseñar:

a) Profunda quiebra de los nacionalismos en cuanto exclusivismos nacionalistas. Quiebra crudamente representada hoy por una Europa que, al Este y al Oeste, ha visto desplazarse los centros de decisión de su propio destino. De esa terrible experiencia de nacionalismos mesiánicos y excluyentes ha nacido y quizá pueda llegar a realizarse una voluntad de abordar los problemas europeos e internacionales con voluntad cooperativa. Esa voluntad cooperativa —cultural, económica y políticamente— debe extenderse a los pueblos coglobados en las dos Alianzas. Aunque su realización cueste largos años.

b) Quiebra del sistema colonial. Quiebra de cuya experiencia deberá extraer Europa la voluntad de un nuevo estilo de vida, alimentado por la responsabilidad de un nuevo orden internacional. De su pasado colonial no puede retener Europa tan sólo una estéril mala conciencia, sino una conciencia transformadora que consiga articularse en conductas públicas y privadas constructivas, capaces de ayudar al "Sur" a encontrar el ritmo de desarrollo que sea el "suyo". Europa debe ayudar a hacer emerger una nueva conciencia del "Norte" que haga posible una transferencia de recursos tecnológicos, económicos y personales que posibiliten a los antiguos países coloniales no degenerar hacia las formas peores del subdesarrollo.

c) Quiebra de la guerra como sistema para imponer al mundo un "Orden Nuevo" y justo. No brotó de la guerra el "orden europeo" buscado, sino uno azaroso, dimidiado y en muchos sentidos impotente. Lo que de "nuevo" pudo traer la guerra más allá de ella misma, es el surgimiento de las *Naciones Unidas* como necesidad para que tan irracional y costoso conflicto no se repitiera en el futuro. Ciertamente, los propios resultados de la guerra han lastrado severamente las posibilidades de la ONU y de su autoridad. Pero esa Organización es a la vez germen y símbolo del nuevo orden jurídico, cultural y económico a establecer, mediante el diálogo y el arbitraje, la negociación y la colaboración al servicio de una seguridad común a todos los pueblos.

1.4. Una Europa que se reconcilia para la construcción de la paz

Vamos a considerar de inmediato las alternativas que se ofrecen a España para la seguridad y defensa del territorio y la unidad cultural que constituyen su unidad y su patrimonio. Como telón de fondo de nuestras reflexiones deseamos mantener la necesidad de una Europa reconciliada para la construcción de la paz. No somos indiferentes a los sistemas socioeconómicos y sociopolíticos que mantienen a Europa dividida. Pero el hombre y los hombres, el pueblo y los pueblos son siempre más decisivos y más longevos que los sistemas y regímenes que debieran servir a su vocación; que, a veces, lo hacen insuficientemente —y, a veces, la malogran—. Obispos católicos, en comunión con todos nuestros her-

manos del continente, nosotros queremos dar testimonio de esa vocación de Europa entera (5).

Estamos felices de que en este fin de siglo —tan decisivo para el mundo y especialmente para nuestro viejo continente— presida la Comunión de la Iglesia Católica un Papa “venido del Este”, signo no sólo de una Iglesia que se filtra y comunica de continuo a través de todos los “muros de separación”, sino también de una humanidad “raza de Dios” (Hech. 17, 28-29), cuyo significado y futuro trascienden los sistemas que la dividen y separan. Unidos al que, en Cristo, preside nuestra comunión, apostamos por una Europa reconciliada, artesana de la paz, pieza de una sociedad internacional más solidaria.

Toda seria reflexión sobre el sistema de defensa, está sostenida por el deseo y el amor de la paz. Quisiéramos subrayar aquí que —anteriormente a todo modelo de defensa por el que nuestro país y sus legítimos representantes se decidan— está la vocación de paz de Europa y España, vocación de distensión efectiva entre Este y Oeste, de mediación imaginativa y tesonera para ir rellenando la fosa entre Norte y Sur.

2. UNA POLITICA DE DEFENSA EN EL MARCO DE UNA POLITICA DE DISTENSION, DE CREACION DE CONFIANZA, DE COOPERACION Y COMUNICACION HUMANA

Desde el punto de vista de una *razón política* integral y también desde una ética cristiana de la paz, la política de defensa (y de defensa militar, como diremos) es sólo una parte de una política de seguridad y de paz.

Una política de paz ha de replantear el conflicto. Una política de paz no puede no partir de los términos reales en los que el conflicto está planteado. Pero su razón de ser es que el conflicto no se deteriore, abrirlo hacia cualidades humanas nuevas capaces de diluirlo reorientando la energía de hombres y pueblos hacia soluciones más humanas.

Una política de paz es cooperativa. Como los problemas puestos a la convivencia internacional no son sólo a Este y Oeste, una política responsable de paz debe ponerse como objetivo crear estructuras de cooperación no sólo entre los bloques en conflicto a fin de resolver los problemas que les enfrentan, sino para que aborden cooperativamente —a pesar de su antagonismo— problemas de terceros (como son en nuestro caso los problemas de los países en vías de desarrollo y los de los países más pobres).

Una política de paz es una política de comunicación y de intercambio. Propulsora de cooperación sólo puede ser una política si consigue crear vínculos de comunicación de los valores culturales y de mutuo conocimiento y aprecio entre los hombres y los pueblos. Y esta comunicación no es real si no va acompañada del intercambio de los recursos

(5) Cfr. nota 2.

naturales y de los bienes tecnológicos de los que las distintas parte disponen. Europa está especialmente necesitada de una política de paz así. El *Acta Final de Helsinki* era sólo una aproximación primera, cuyos objetivos deben ser proseguidos con tenacidad e inteligencia, pese a las dificultades y frustraciones que se hayan producido desde entonces.

Una política de paz incluye una política de defensa, y de defensa militar. Una política de paz en toda su envergadura abraza una política de defensa nacional y ésta, bien entendido, incluye una política militar de defensa. Hay que pensarlo y decirlo claro, como lo hace el Concilio Vaticano II. Dada la permanente violencia de la sociedad mundial y la deficiencia de una autoridad mundial con poder de arbitraje coactivo, la política militar de defensa forma necesariamente parte del concepto integral de una política de paz. Y a la inversa: una política de defensa militar es tanto mejor cuanto más espacio abre y deja —o cuanto más favorece— la política de distensión, de creación de confianza, de cooperación y comunicación.

Dentro de un marco eticopolítico de este tipo, los españoles —presididos por el Gobierno legítimo— habremos de escoger, con el máximo consenso posible, entre las alternativas racionalmente posibles, aquella que mejor nos parezca cumplir el requisito de defender nuestro territorio y nuestra identidad cultural, ayudando lo más posible —o bien, perjudicando lo menos posible— a la distensión y colaboración europeas e internacionales.

En todas las alternativas de defensa que se debaten ahora en la opinión pública subyacen opciones eticopolíticas que merecen ser consideradas. Más aún: cada una de las alternativas posibles pueden ser concebidas y/o realizadas de forma que hacen variar intrínsecamente su significado. Creemos poder aportar algo desde la inspiración bíblica y desde la doctrina social de la Iglesia al posible discernimiento de esas distintas intenciones eticopolíticas y al debate público sobre ellas.

Además, durante décadas, hemos sido un pueblo bastante aislado respecto a esta clase de problemas. Estimamos pedagógico —al menos para nuestra comunidad católica— intentar resumir con objetividad los rasgos más característicos de las diferentes alternativas, sus razones de ser y las críticas más importantes que pueden hacerseles. Creemos poder realizar este servicio sin hipotecar en nada la libre formación de conciencia y la decisión consecuente de los miembros de la comunidad católica. Ayudándoles a que lo hagan más informada y responsablemente, permitiéndoles profundizar el campo de su libertad y no coartándose.

Nos alegraríamos si también el resto de la opinión pública sintiera que nuestra aportación ha sido útil para los ciudadanos españoles.

2.1. Las alternativas de una política de defensa (militar)

Las alternativas hoy presentes en la opinión pública y que la dividen, son las siguientes:

1. Integración —ya realizada— en el Tratado de Washington o Tratado del Atlántico Norte, sin proceder a la integración en la estructura militar.
2. Integración también en la estructura militar (congelada, hasta cierto punto, ahora).
3. "Neutralidad Armada" que asegure los objetivos de defensa en términos de autonomía y eficacia.
4. "Defensa integrada", como forma de una neutralidad que inicia los caminos de una defensa verdaderamente "alternativa".

Como puede apreciarse, no contemplamos el caso de una pura continuidad del "pacto bilateral" con los EE. UU. Esta opción es cada vez menos significativa para la opinión pública. Y por buenas razones. Se la considera un residuo de la diplomacia "forzada" del tiempo de la Dictadura. Serviría sobre todo a los intereses de los EE. UU., y las contraprestaciones que podría recibir España a cambio son insignificantes en términos de nuestra propia defensa. Ellos nos convertiría en un "satélite marginado".

Entre la 1.^a y la 2.^a alternativa se dan, sin duda, presupuestos comunes que expondremos en primer término. Pero hay también, a juicio de los expertos, además de razones políticas y militares diferenciadas, una diferencia ético-política. Esta diferencia, pues, será tratada aparte. Entre la 3.^a y la 4.^a en cambio, pese a algunos rasgos parecidos, existe una diferencia *cualitativa*. Por ello las expondremos sucesivamente. En la presentación de la cuarta alternativa hay un esfuerzo constructivo por nuestra parte. Tratamos de hacer justicia a elementos utópicos, presentes de manera todavía difusa en sectores significativos de la opinión pública, que podrían ir adquiriendo lentamente un peso progresivo de realidad.

Nuestra forma de proceder será esquematizar, primero, los rasgos más importantes de las cuatro alternativas. Para recoger, en segundo lugar, las críticas más importantes que han recibido o podrían recibir.

2.2.1. Las razones plurales en favor de la Alianza Atlántica

Prácticamente, todas las fuerzas políticas están de acuerdo en lo siguiente: el escenario indiscutible de una defensa militar española está en el sur, en el Mediterráneo suroccidental. En los términos que hemos desarrollado hace poco, como apoyo incluso de una política de creación de confianza, de distensión y cooperación con el Magreb, España no puede menos de desarrollar una política de disuasión armada, de defensa militar, ante la posibilidad de un conflicto que, finalmente, no pudiera resolverse más que en términos militares. Prácticamente, también todas las fuerzas políticas están de acuerdo en que en el caso no deseado, de que España tuviera que defender sus intereses específicos en la región del Mediterráneo suroccidental, tendría que valerse por sí misma, siendo altamente dudoso que su integración en la Alianza Atlántica pudiera servirle de algo.

Pese a ello, un abanico cada vez más amplio de las fuerzas políticas

opina que, en una Europa polarizada por la confrontación entre los bloques y, donde en todas direcciones nuestros vecinos más cercanos son miembros de la Alianza Atlántica, no resulta viable ni siquiera la neutralidad armada. Es preciso, sin embargo, distinguir, dentro de las fuerzas sociales y políticas que están en favor de la Alianza Atlántica, dos argumentaciones significativamente diferenciadas.

La argumentación de la derecha. Tradicionalmente ha sido el espectro político de la derecha el que ha percibido en la URSS el enemigo bien de la "civilización cristiana" bien de la "civilización occidental". Para ellas Rusia era "la amenaza principal" hasta el punto de justificar —antes de la Segunda Guerra Mundial— la alianza con las naciones del Eje, y después de los resultados de aquella guerra, la alianza con las democracias parlamentarias vistas anteriormente con recelo.

Esta percepción parece quedar ratificada tras los acontecimientos que subsiguen a la guerra mundial. Rusia se apropia del 20% del territorio de las naciones europeas colindantes con ella y, posteriormente, por la fuerza combinada de gobiernos marionetas y del "ejército rojo" establece todo un cordón de naciones satélite desde Stettin hasta Trieste. Efectivamente, los católicos que deseen refrescar el ambiente que vive Europa entre 1945 y 1955 pueden leer con provecho los mensajes de Navidad de Pío XII que fueron seguidos con atención en todo el mundo (6).

Dentro de este cuadro sitúa esta percepción el nacimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1949, la adhesión de nuevos miembros en 1952, el propio Acuerdo Amistoso de España con los EE. UU. en 1953 y, finalmente en 1955 la adhesión al Tratado de la República Federal Alemana, al que sigue en 1955, como reacción del "Este" el nacimiento del Pacto de Varsovia. La represión violenta por parte de las tropas del Pacto de Varsovia de las reivindicaciones obreras y políticas de Berlín Este (1953), Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) y la forma de tratamiento de Polonia desde 1949 hasta ahora, sirve para corroborar fácilmente esta percepción de importantes sectores de la población europea: Rusia es la amenaza principal. Se añadirá progresivamente: no sólo el orden tradicional, sino de las democracias parlamentarias y del mercado libre. La filosofía que subyace a su creciente poder —el marxismo-leninismo— es la negación militante de todo orden y toda jerarquía que no sean los de la "revolución" que ella exporta por todo el planeta. Es la represión práctica (teóricamente legitimada) de los valores religiosos y de los derechos humanos. De aquí se concluye que es obvia nuestra pertenencia a la OTAN. Porque somos occidentales, porque somos un país "de mayoría católica" y en todo caso de raigambre cultural cristiana, sería una dejación cobarde "desarmarse" militar y políticamente frente a un poder insidioso que acecha por todas las esquinas.

La argumentación de la izquierda. Desde una ideología de izquierda social comienza a darse también en España —como anteriormente en Europa— una versión más secularizada, más pragmática, que, sin

(6) Pueden encontrarse en *Ecclesia* desde diciembre de 1945 a enero de 1956.

embargo, llega a conclusiones convergentes. No sería honesto afirmar que ese giro se produce tan sólo por un oportunismo de gobierno. Aunque bastantes de los hechos a los que esta argumentación recurre son los ya mencionados, su interpretación parte de fuentes teóricas propias que cristalizan alrededor en Europa al final de los años cincuenta (7). Tampoco se puede olvidar que algunos gobiernos socialistas fueron parte protagonista en el surgimiento de la OTAN. Según esta versión, lo que en 1917 era un peligro, ha acabado convirtiéndose en realidad. Los herederos de la revolución rusa, hijos de la Ilustración, han acabado defenestrando a la Revolución. El régimen soviético, al identificar la revolución a hacer con una dictadura dogmática, duradera y represiva, se ha cortado toda viabilidad como fase de transición hacia la democracia real. El dilema del régimen soviético es: o creciente militarización o desagregación. El régimen soviético es, pues, incapaz desde su interior de flexibilizar su propia sociedad rígidamente militarizada, y el pueblo ruso es impotente para poner en cuestión al régimen soviético. En razón de este dilema insoluble por ahora, la URSS no puede dejar de ser la "amenaza principal". Aunque esta izquierda diste radicalmente de no considerar a EE. UU. como otra amenaza, no es hoy la principal. Es preciso, pues, aceptar la OTAN como "mal menor".

Y es posible desde el interior de este "mal menor", luchar por un futuro de paz. Porque por razones estructurales —la complementariedad económica y cultural de los pueblos de Europa al Este y al Oeste, su necesidad de lograr un balance entre las dos superpotencias— la OTAN no sirve bien para la "guerra fría". En cambio, *puede ser* un "medio posible" —si, por una parte se hace respetar y, por otra, existe "voluntad política" para ello en los pueblos de Europa— para profundizar los caminos de la distensión. Una Europa unida para la defensa, puede ser más independiente y más crítica respecto de la otra superpotencia, y convertirse en un área de relajamiento de la guerra fría, en área de ensayo para un desarme progresivo y mutuamente controlado, y para un relanzamiento de la cooperación económica entre los dos bloques para fomentar la cooperación con el hemisferio sur (8).

2.2.2. Integrarse en la Alianza Atlántica, no en su estructura militar

Hay un cierto consenso de que la Alianza Atlántica permite modos muy distintos de integración. En todo caso, después de la decisión francesa de pertenecer a la Alianza Atlántica y, sin embargo, no integrarse en su estructura militar (1966). Se trata, pues, de una posibilidad real, independientemente de las razones históricas que llevaron a la nación francesa a tomar tal decisión. Resulta entonces comprensible que quienes contemplan la adhesión a la Alianza Atlántica como un "mal menor" propongan la no-integración en la estructura militar como la modalidad más

(7) Como fecha convencional podría ponerse la de publicación de la traducción francesa del libro de H. MARCUSSE: *Soviet Marxism. A Critical Analysis* (inglés, 1958; francés, 1963).

(8) Significativos de esta tendencia han sido los dos artículos de F. CLAUDIN y L. PARAMIO, "OTAN: razones para no salir" 1 y 2, *El País*, 16 y 18 de junio de 1984.

conveniente para España, aunque las razones sean un tanto distintas de las alegadas por Francia. Esas razones se podrían resumir así:

a) En el actual estado de cosas, es la opción que menos descabala la correlación de las fuerzas militares entre los bloques; puesto que España se reserva el uso efectivo de sus FF. AA. para el caso de que la Alianza se atenga estrictamente a sus fines defensivos.

b) Con esta opción, España, sin des-solidarizarse de la defensa de Europa Occidental, define autónomamente su aportación a ella, asegurando prioritariamente la estabilidad y la paz en el territorio de su jurisdicción. Y ésta es su principal aportación a la defensa de Occidente. Por supuesto, en caso de agresión soviética a cualquier país miembro de la Alianza, España sería un aliado fiel y solidario.

c) Con esta opción, se cree poner un correctivo modesto pero significativo a la creciente "carrera de armamentos" y al riesgo de predominio de los intereses del complejo "militar-industrial".

d) Parece innegable que esta opción, aceptando los fines limitados de una Alianza defensiva en que entran como parte hegemónica los EE. UU., desea el mayor margen crítico frente a la política global de los EE. UU. tanto en Europa como fuera de ella.

2.2.3. Integrarse también en la estructura militar

La integración en la estructura militar de la OTAN no es en este momento una opción privativa de las fuerzas políticas de la derecha o del centro; es también participada por algunos sectores de la izquierda. Sus razones se podrían resumir así:

a) Es prioritario integrarse en Europa a nivel diplomático, económico, tecnológico y militar. Sólo una Europa lo más integrada posible podrá llevar adelante los cuatro elementos de una estrategia integral de paz: de disuasión militar, de distensión negociadora y, en general, diplomática, de cooperación económica con el Este, de comunicación de bienes culturales y otros.

b) Es muy dudoso que no integrándose en la estructura militar, España pueda ser más autónoma en su política exterior y militar; la autonomía posible sólo la conseguirá de acuerdo con sus aliados europeos; incluso la de suministrar cierto correctivo a las tendencias hegemónicas de los EE. UU..

c) El riesgo creciente de la "carrera de armamentos" y del predominio del complejo "industrial-militar" es cierto; pero no se evita dejándose de integrar en la estructura militar. El ejemplo más contundente de ello lo suministra precisamente Francia. Por otra parte, España es como Estado democrático particularmente lábil, y más expuesto a las insidias internacionales de ambos lados de querer mantener una independencia *significativa* en el interior de la Alianza. Desde otro punto de vista, la integración en la estructura militar le hace más accesible el participar directamente en una tecnología militar sin duda, pero que es la que de

hecho abre la posibilidad de la tecnología que necesitamos para efectos civiles.

d) No hay que hacer el juego a lo peor; la no-integración en la estructura militar significa una fisura de desconfianza en el interior de la Alianza; hay que jugar a largo plazo a la construcción de una Europa más unitaria; sólo a lo largo de este proceso, sin dejar de ser aliado de EE. UU., se puede contribuir a la corrección de su política respecto al Tercer Mundo y, muy especialmente, respecto a Iberoamérica.

2.3. Las razones en pro de la "Neutralidad Armada"

Esta alternativa obedece a tres fines primordiales: a) salirse de la política de bloques (aun manteniendo una solidaridad fundamental con el mundo occidental; por ello su modelo, de una u otra manera, es el caso de Suecia); b) asegurar la cobertura y la autonomía de las necesidades de defensa militar de España (que no se creen a cubierto con el ingreso en la OTAN); c) favorecer hasta el máximo posible una política independiente de paz (que asegure todas las dimensiones de ésta). Resumimos así sus razones:

a) La política de bloques militares tiene más efectos negativos que positivos. La mejor manera de contribuir a su debilitamiento es saliéndose decididamente de ella. España puede hacerlo, apoyada en su historia precedente, y en el sentimiento todavía bastante global de su población. Ello no significa falta de solidaridad con los países de su área geográfica y cultural. Neutralidad armada no significa neutralismo. Llegado el caso, podría añadir a la defensa de las naciones occidentales injustamente agredidas, no sólo el modesto poder de sus FF. AA., sino el consenso de un pueblo que ha hecho todo lo posible para evitar la guerra. El caso de Suecia hace evidente que esto es posible.

b) La Alianza Atlántica, en ninguna de sus modalidades, no cubre las necesidades de defensa militar de la España peninsular, insular y norafricana. El caso de los países centroeuropeos, por su situación y por su historia, es otro. En todo caso, nosotros tendremos que cubrir por nuestra cuenta el área mediterránea —la amenaza potencialmente más seria— y de las Islas Canarias. Es cierto que, dada la partición del planeta y de Europa hoy en dos bloques, se necesita de un poder disuador suficiente frente a los avatares militares del conflicto Este/Oeste. Todo ello significa que se ha de elaborar el Plan Estratégico Conjunto de forma que se haga frente a estos dos vectores de nuestra defensa militar. Neutralidad armada no es ninguna clase de proclamación retórica. Para poder ser neutrales es preciso que podamos asegurar la estabilidad y la paz en nuestro territorio jurisdiccional a la vez con autonomía y eficacia. Ello significa, desde luego, una elevación de nuestra ética de pueblo, un costo económico grande y unas FF. AA. bien dotadas y adiestradas. Pero nadie está en condiciones de asegurarnos que el costo económico de nuestra pertenencia a la OTAN vaya a ser menor. Por otra parte, entre esta alternativa y la de pertenencia a la Alianza Atlántica —desde el punto de vista militar y diplomático— las diferencias no son tan grandes.

c) La razón de ser de este modelo, últimamente, es desarrollar una política de distensión, de desarme, de creación de confianza. Nadie debe temer un género de defensa que no es agresiva sino defensiva. Se hace respetar, por su eficacia y autonomía frente a los chantajes tanto del enemigo como de los "amigos". Y desde ese reconocimiento, puede fomentar las iniciativas que llevan a la distensión y a la colaboración.

2.4. Las razones de una "defensa integrada" que comienza a no ser convencional

Ya hemos dicho que presentamos, en esta última alternativa, una opción que somos los primeros en reconocer que no es una alternativa política, sino una alternativa ética que busca los caminos de su realización política. No podría quedar definida desde cualquier clase de "pacificismo" puesto que reconoce el derecho de los pueblos a su legítima defensa; no es identificable con la "no-violencia", puesto que reconoce los derechos de la defensa militar "defensiva". No la sostiene ninguna fuerza política concreta y, sin embargo, muchas de sus intuiciones constituyen simiente de futuro. Tiene un mérito indiscutible: *ayudar a corregir el excesivo realismo de las otras alternativas*. Esta alternativa efectivamente subraya las exigencias éticas, consciente de que así se distancia de las éticas prevalentes en las actuales concepciones de la defensa. Asume con vigor los elementos utópicos de una ética de la paz, pero insistiendo en que se pueden y se deben articular desde ahora en un proyecto político. Las tres intuiciones fundamentales pueden ser resumidas así: a) renuncia absoluta a las armas "ofensivas" en el aparato defensivo militar; b) el sistema de defensa tiene que suscitar el máximo consenso popular, entendiendo la defensa en sentido integral de manera que sea factible integrar en ella a pacifistas, objetores de conciencia y a "no-violentos"; c) esta alternativa es factible, puede ser eficaz, es solidaria (9).

a) Renuncia absoluta a las armas ofensivas en el aparato defensivo militar. La guerra, efectivamente, sólo puede ser justificada como "legítima defensa" frente al agresor injusto. Ello sólo se garantiza, incluso frente al potencial adversario, cuando el sistema defensivo propio descarta las armas de uso ambivalente. En primer lugar, deben quedar descartadas las armas nucleares, pero también cualquier otro sistema convencional que comporte el "primer uso". De integrarse España definitivamente en la Alianza Atlántica, nuestro estatuto de adhesión debería establecer claramente esta condición. A las razones de ética política, se añaden consideraciones económicas, ciertamente con consecuencias éticas. Efectivamente esta alternativa defensiva es mucho menos costosa y más propia de potencias modestas como es España (10). El sis-

(9) Elementos en el sentido de esta alternativa pueden encontrarse en J. DELAS, "Una defensa alternativa", ANUARIO *El País*, 1984, pág. 134; General A. Santos Bobo, "Neutralidad. ¿En qué se fundamenta?", revista *Ejército*, núm. 533, junio 1984; págs. 3-8; F. BARNABY, "Microelectrónica y guerra", en *Microelectrónica y guerra para bien o para mal*. Informe al club de Roma, capítulo 8.

(10) Cfr. artículo de F. BARNABY citado en nota 9.

tema comporta evidentemente una cierta renuncia "unilateral". Pero los propugnadores de la alternativa la consideran suficientemente compensada, incluso en términos de defensa eficaz, por las otras características del modelo.

b) Un modelo de este tipo puede ser mejor comprendido, y por tanto, mejor asumido por la población. Lo que permite una defensa nacional "global", que integra más orgánica y espontáneamente la defensa militar, la defensa civil, la defensa económica y la defensa espiritual. En algunos países está organizada de manera que articula el esfuerzo conjunto de los "países federales" o, en nuestra terminología, las "comunidades autónomas" (11). Se estima que, un proyecto así, posibilita también más una integración razonable de pacifistas, objetores de conciencia y "no violentos. Por esta razón denominamos a esta alternativa "defensa integrada" o participante.

c) Esta alternativa es factible, puede ser eficaz, es solidaria. Es factible: elementos de esta política de defensa han sido ya adoptados en su defensa nacional por países como Suecia, Suiza, Yugoslavia y Rumania. El objetivo asequible es: "hacer tan costosa la ocupación militar de un país que el agresor potencial desistiera de atacar en primer lugar". Puede ser eficaz: el elemento primordial de esta eficacia reside precisamente en el consenso popular que caracteriza a esta clase de defensa. Se añade en nuestro caso una geografía que ayuda extraordinariamente a la compartimentalización y flexibilidad de la defensa. Y la propia eficacia que han conseguido los sistemas defensivos potenciados por la microelectrónica (12). Es solidaria: el proyecto no significa de ninguna manera el ensimismamiento en la defensa nacional; no es neutralista, sino neutral. Puede en cualquier momento asumir dentro de una alianza aquellas tareas más propias de los sistemas defensivos.

3. La crítica a las alternativas de defensa expuestas

Advertimos de nuevo que no se trata de *nuestra* crítica a las alternativas de política de defensa presentadas. Pues, en cuanto en ellas se expresan bien preferencias por valores legítimos (aunque sean parciales), bien alternativas técnicas, escapan a nuestra responsabilidad. Resumiremos en cambio, esquematizándolas, las críticas más importantes que las distintas alternativas han recibido. Antes de hacerlo, señalaremos algunos supuestos de todas o de algunas de las alternativas que, a nuestro juicio, deberían constituir como un *consenso* ético-político que no debería ser debilitado.

3.1. No se puede banalizar la amenaza del régimen soviético, pero no se puede demonizar a Rusia como "el adversario"

Efectivamente, no se puede banalizar la amenaza histórica para la convivencia internacional que ha supuesto el régimen soviético que se

(11) Cfr. artículo de A. SANTOS BOBO citado en nota 9, pág. 7.

(12) Cfr. artículo de J. DELAS citado en nota 9.

instala en Rusia en 1917 y que, por su mesianismo (revolucionario, nacionalista e ideológico) comporta una dinámica de expansión mundial, a la que no ha renunciado en ninguna de sus fases. La historia posterior de la URSS permite pocas dudas sobre la actualidad de esa amenaza. Percibir, por tanto, la conducta y la filosofía de la URSS como amenaza de la libertad, y de la identidad cultural y religiosa de los pueblos europeos y no europeos no es sólo un dato insoslayable del sentido común, sino una necesidad ética vital de los pueblos que buscan una paz en la dignidad, la libertad y la justicia social. La ética del Evangelio no permite el desconocimiento de lo "hostil" ni la incapacidad para reconocer la realidad del "adversario". El "amor de los enemigos" supone la capacidad de discernimiento del daño que nos puede infligir, sin magnificarlo pero también sin empequeñecerlo. La traducción política del amor de los enemigos no es ciertamente fácil de hacer, pero en todo caso ni permite el escándalo de los "pequeños" ni la indefensión de los oprimidos.

Pero el sentido común, la razón ética y política y todavía más nuestra conciencia cristiana no nos permiten absolutizar "clichés del enemigo". Menos aún sacralizarlos mediante el abuso de las motivaciones y los símbolos cristianos. Nuestra percepción del "adversario" no tiene por qué quedar debilitada por el esfuerzo digno e inteligente para no demonizarle. Tampoco podemos identificar régimen soviético y Rusia, ni el Pacto de Varsovia y los pueblos que, en parte, abraza y, en parte, asfixia. No podemos, pues, evitar las preguntas acerca de por qué un complejo de tan distintas magnitudes se nos presenta como un poder realmente amenazante, y hasta qué punto la amenaza que representa para nosotros se origina, parcial pero significativamente, de la percepción que él tiene de lo que son sus amenazas, percepción alimentada por las actitudes hacia él del sistema sociopolítico y militar antagónico. Hay que sustituir la demonización del adversario por la comprensión y el tratamiento éticos y políticos —siempre racionales— del adversario. Sólo así podremos comenzar a desmontar aquella hostilidad absolutizada que es la raíz más profunda del recíproco rearme (13).

3.2. La lealtad "crítica" con los EE. UU.

El "no" al contenido y al estilo políticos de la URSS, se transforma en un "sí" excesivamente pragmático e incondicional al contenido cultural y

(13) Cfr. "Salvar la confianza y el diálogo entre los Estados". Intervención de Mgr. Silvestrini en la Conferencia de Estocolmo (20.1.1984): "Nuestra delegación está convencida de que un trabajo de clarificación y de verdad es necesario por parte de todos; comenzando por resistir a la tentación de hacer del adversario algo diabólico atribuyéndole maquinaciones para hacer nacer tensiones." Y continúa: "Lo que el Papa Juan Pablo II, en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz del primero de enero de este año, ha llamado 'la seducción de los sistemas sociopolíticos e ideológicos' se da de bruces con esta apertura, en la medida en que estos sistemas 'presentan una visión global exclusiva y casi maniquea de la humanidad y hacen de la lucha contra los otros, de su eliminación o de su esclavización condición del progreso'". Y más adelante: "Sólo si los sistemas están dispuestos a abrirse a una confrontación amistosa y a un intercambio útil de valores —en el respeto a la identidad de cada uno, con la conciencia de una herencia histórica y de una esperanza común— podrán desmoronarse las desconfianzas y los arsenales se harán inútiles, y los recursos se harán disponibles para ser utilizados, en cooperación, por las energías creadoras", *l'Osservatore Romano*, 21 de enero de 1984.

social, y al estilo de la política internacional de los EE. UU. Quienes adoptan una reacción tan simplista y primaria, se niegan también con frecuencia a advertir y analizar lo que la prepotencia imperial de EE. UU. representa hoy de amenaza cultural, económica y política para los pueblos del Tercer Mundo y para la propia Europa. Al proceder así se hace un flaco servicio a la causa de la paz, pero también el papel del "líder" que, en las actuales circunstancias mundiales, han de asumir el pueblo y el Gobierno de los EE. UU. La inspiración bíblica —como hemos hecho notar— recomienda una actitud más veraz y crítica con los amigos "potentes".

Ante la urgencia de un nuevo orden económico, cultural, social y político a escala internacional, muchos hombres y muchos europeos desean coadyuvar a que el pueblo de Rusia y el pueblo de los EE. UU. —y los pueblos europeos a uno y otro lado de las marcas de influencia— progresen en su relación recíproca de forma que puedan actuar como colaboradores de un futuro urgente y común. Ello exige que los respectivos sistemas socioeconómicos y sociopolíticos establecidos en las sendas alianzas se hagan capaces de verse ellos mismos en lo que tienen de deshumanizante. Y no sentimos y decimos esto desde un falso prurito de simetría. Citando y comentando su propio Mensaje para la Jornada de la Paz en 1984, Juan Pablo II lo ha expresado así al recibir a las Comisiones *Brandt* y *Palme*: "La impotencia de la humanidad para resolver las tensiones existentes revela que los obstáculos, y también las esperanzas, provienen de algo más profundo que los mismos sistemas." Y prosigue: "Cada sistema está sometido al crecimiento o al declive porque está sometido a las aspiraciones o al declive de los seres humanos que tienen el dominio de él. Por esta razón, es esencial que cada uno reconozca que las estructuras que queremos corregir o crear deben ser capaces de hacer progresar la libertad y la dignidad de los hombres y los pueblos concernidos" (14).

Por tanto, después de haber afirmado que no se puede banalizar la amenaza que el régimen soviético representa, prevenimos también contra una comprensión unilateral y sectaria de la percepción que se expresa en el eslogan: "La Unión Soviética es la amenaza principal". Queda suficientemente claro que esta cautela está muy lejos de poner en cuestión las válidas razones que subyacen a esta percepción, y que sólo previene contra su uso unilateral y sectario, que llevaría a enconar aún más —ideológicamente— la confrontación Este/Oeste.

Una de las razones de nuestra admiración fraternal por la Iglesia Católica de los EE. UU. se apoya en el hecho de que, mientras hace treinta años —en la crisis de los años cincuenta— algunos obispos norteamericanos muy representativos tendían a identificar la causa de la fe cristiana con el liderazgo internacional de su propia nación, en la magnífica Carta de los obispos norteamericanos editada en 1983 y titulada *La promesa de Dios y nuestra respuesta*, su representación de la situación es mucho más diferenciada. Sin ocultar su preferencia por el sistema social y político de su país, critican muchos de sus comportamientos en política inte-

(14) Cfr. Alocución citada en nota 1.

rior y exterior y, desde luego, no se les ocurre identificar la "causa de la fe cristiana" con los contenidos y el estilo de la conducta política de su país. Bien al contrario, se atreven a confesar: "Es claro hoy, quizá más que para las anteriores generaciones, que los cristianos convencidos son una minoría en casi todo país del mundo, incluyendo las naciones nominalmente cristianas y católicas (...). Ser discípulos de Jesús exige que vayamos de continuo más allá de donde ahora estamos. O obedecer la llamada de Jesús significa separarnos de todos los compromisos y afiliaciones que nos impedirían la escucha y el seguimiento de nuestra auténtica vocación... (...). Nosotros reconocemos sinceramente que vivimos en un mundo que se distancia crecientemente de todos los valores cristianos..." (15).

Por ello mismo resulta admirable no sólo la lucha contra el maniqueísmo de los obispos norteamericanos, sino la calidad de libertad de una cultura que les permite hablar con tal sinceridad. El día en el que en el interior de la URSS sean posibles procesos semejantes se habrá dado un salto cualitativo en el camino de la paz.

3.3. Críticas a permanecer en la Alianza Atlántica sin integrarse en la estructura militar.

La crítica fundamental, que procede de las otras alternativas pero también de otros sectores, se puede resumir así: la diferencia respecto a la alternativa de integración en la estructura militar *es irrelevante*; por otra parte, *es ineficaz* para conseguir las legítimas intencionalidades que pretende. Por razones pedagógicas, desglosamos estas críticas en el mismo orden de las razones aducidas en favor de la alternativa (véase 2.2.2.):

a) Es efectivamente irrelevante respecto a la alternativa gemela (2.2.3.). Francia, miembro de la Alianza Atlántica, pero no integrada en su estructura militar jurídicamente, lo está *de hecho*, de múltiples maneras (16). A esto debe añadirse que, en la percepción rusa, las FF. AA. y el armamento nuclear de Francia son estimados en adición al conjunto del potencial de la OTAN.

b) Se admite generalmente que, en las dos hipótesis de integración en la OTAN, España por sí sola tendrá que cuidarse de sus intereses en el Mediterráneo suroccidental. Pero los mantenedores de la alternativa de integración en la estructura militar estiman que los intereses de España en el estrecho (incluido el contencioso en torno a Gibraltar) pueden encontrar mejor planteamiento y solución una vez integrada España en la estructura militar. Por otra parte, España, como potencia modesta y dadas las tensiones internacionales existentes, no tiene el peso especí-

(15) Conferencia Episcopal Norteamericana, *La promesa de Dios y nuestra respuesta*, ed. castellana, PPC, 1983; págs. 123-124.

(16) Para la comprensión de esta crítica, cfr. *Los aliados dentro de la OTAN. Diversas situaciones de integración militar en el interior de la Alianza Atlántica*, "Francia", páginas 39-42.

fico suficiente para mantener una política de defensa militar tan genéricamente autónoma como lo pretende esta alternativa.

El caso de España es muy distinto del de Francia, tanto geográfica como económicamente. Y los objetivos específicos obtenibles pueden ser negociados en el Estatuto particular de nuestra integración en la estructura militar. Se añade además que no resulta claro que la no-integración en la estructura militar no comporte efectos no deseados de insolidaridad. La reticencia de los pueblos europeos miembros de la OTAN respecto a muchos aspectos de la Alianza es ya grande, por lo que la no integración de España en la estructura militar contribuiría a agrandar las fisuras. Este efecto puede aumentarse de celebrarse el *referéndum* con resultados negativos o escasos.

c) No resulta claro que el correctivo que la alternativa trata de lograr respecto de la "carrera de armamentos" y de los intereses del complejo internacional "militar industrial" sea eficaz. Habría que reiterar que en el caso francés resulta dudoso. Esa finalidad debe ciertamente ser buscada, pero probablemente se conseguiría mejor por la presión conjunta, dentro de la propia estructura militar, de los países europeos miembros.

d) Hay que lograr, efectivamente, ese margen crítico frente a la hegemonía de los EE. UU., pero hay que hacerlo desde una Europa que da todos los pasos precisos para convertirse en interlocutor válido al que es preciso escuchar. La integración de la tecnología militar europea es un paso más hacia una Europa paulatinamente también más unida políticamente. En la medida en que esto se produzca se hace también posible un mayor control europeo de la tecnología militar, de su uso para necesidades civiles, y de su posible reconversión.

3.4. Críticas a la integración en la estructura militar

También en este caso puede resumirse la crítica fundamental: es poco verosímil, a corto y medio plazo, una unidad fuerte de los países europeos miembros de la estructura militar; la OTAN es sólo muy precariamente una estructura de integración europea. El detalle de la crítica procede como anteriormente (véase 2.2.3.).

a) Una *Europa más integrada* no debe confundirse con la Europa del Mercado Común, y menos todavía con los países miembros de la OTAN. Una Europa que, sin menoscabo de su seguridad, busca una mayor integración, debe fomentar estructuras más flexibles de intercambio y comunicación con los países socialistas y del Pacto de Varsovia. Desde luego, el camino de Suecia, Finlandia, Suiza y Austria no pasa por la OTAN. Y responde originariamente a razones históricas y defensivas que son las de España. En caso de que España, por razones de política interior y exterior, se viera forzada a aceptar en un solo "paquete" la integración en el Mercado Común y en la OTAN, se debiera reconocer claramente este paso obligado, sin identificarle con el *camino* hacia la integración europea. A ésta puede colaborar igual o mejor desde cualquiera de las otras alternativas.

b) Es muy inverosímil que dentro de una estructura militar en la que los EE. UU. tienen tal predominio político, económico y militar, la autonomía de la política exterior española —ya modesta— no decrezca. Por otra parte, la eficacia defensiva de la OTAN es precaria, sometida a la voluntad política de un país no-europeo y cuyas masas desconocen profundamente los intereses europeos (¡cuánto más los españoles!). Esta crítica, por tanto, habla sobre todo en favor de alternativas como la 3ª y la 4ª y, en todo caso, como la 1ª.

c) La labilidad de nuestro Estado democrático es ciertamente apreciable, pero no se soluciona con la integración en la OTAN. Al revés, los avatares de ésta pueden añadirnos nuevas fuentes de crisis. Queda dicho que difícilmente puede aceptarse que los países europeos, unidos en la OTAN, sirvan de correctivo a la política hegemónica de los EE. UU.

d) Las fisuras de desconfianza no decrecen cuando se fuerza a la OTAN a servir a finalidades que no son las originarias; el caso “griego” debería dar que pensar.

3.5. Críticas a la “neutralidad armada”

Crítica fundamental: no podemos sostener sus costos políticos y económicos. En detalle (véase 2.3.)

a) No nos es posible salirnos sin más de la política de bloques. Nuestra situación geográfica, cultural y económica es muy distinta de la de Suecia y de la de Suiza. El área geográfica cuya seguridad tendríamos que cubrir sólo —desde las Islas Canarias a las Baleares, y desde el Sureste andaluz a los Pirineos— es un área geoestratégicamente compleja y delicada. La pretensión de neutralidad nos acarrearía, en realidad, provocaciones incesantes hacia la inestabilidad.

b) Esta alternativa tiende a confundir la realidad con los deseos. No podemos pagar nosotros solos los costos políticos y económicos de una neutralidad que, para ser autónoma, requiere autosuficiencia y eficacia. Es cierto que, en todo caso, hemos de cubrir por nosotros mismos nuestros intereses de defensa en el Mediterráneo suroccidental. Pero esto resulta más fácil, una vez cubiertas nuestras otras necesidades dentro de la Alianza Atlántica. Se reconoce que esta alternativa, respecto a buen número de sus objetivos, no es tan distinta de la permanencia en la OTAN sin integrarse en la estructura militar.

c) La declaración de “neutralidad” no es útil más que cuando los otros potenciales beligerantes están interesados en reconocerla. En nuestro caso, surgido el conflicto, ni desde el Norte ni desde el Sur van a reconocer nuestra neutralidad.

3.6. Críticas a una “defensa integrada”

Crítica fundamental: hoy por hoy no es viable; los imperativos éticos a los que obedece no tienen suficientemente en cuenta ni la situación de

nuestra cohesión interior, ni el carácter real de las amenazas potenciales. En detalle (véase 2.4.):

a) En principio, la opción por un aparato militar únicamente "defensivo", es integrable dentro de todas las otras alternativas y quizá más en las dos primeras. Sería cuestión de negociarlo en nuestro estatuto particular de adhesión a la OTAN. Pero es dudoso que con tan radical opción, se responda realísticamente a la situación en el Mediterráneo suroccidental, o a las necesidades planteadas en el interior de una Alianza.

b) Se reconoce lo que esta alternativa aporta para lograr una "defensa integrada o participante". Pero el trabajo en favor de ella, que habría que comenzar ya, no presenta viabilidad a corto y medio plazo. Necesita un trabajo de años sobre nuestra cultura y valores. Debería hacerse un esfuerzo muy serio por recoger lo sustancial y posible de la propuesta en cualquiera de las otras alternativas.

c) Habría que repetir lo dicho a propósito de b).

4. Reflexión conclusiva

Teniendo ante los ojos situaciones semejantes a esta del presente debate nacional sobre las alternativas de nuestra política de defensa, declaraba el Concilio Vaticano II al tratar de la "Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo": "Muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará (a los cristianos) en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como sucede frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen el mismo asunto de distinta manera. En estos casos de soluciones divergentes, aun al margen de la intención de ambas partes, muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia. Procuren siempre hacerse luz mutuamente con un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común."

Y completando este desarrollo, afirma más adelante: "Capacítense con insistente afán para participar en el diálogo que hay que entablar con el mundo y con los hombres de cualquier opinión" (17).

4.1. Complejidad de las alternativas y parcialidad de su racionalidad.

Hemos podido experimentar de cerca que este debate es uno de esos casos en los que, no sólo la comunidad cristiana, sino la sociedad entera, necesita llevarlo adelante con una recíproca comprensión de las partes. Efectivamente, ninguna de las cuatro alternativas en cuestión puede reclamar en exclusiva para sí ni la razón ética ni la exigencia evangélica.

(17) *Gaudium et Spes*, cap. IV, *Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo*, núm. 43.

Lo que no quiere decir ni que sean indiferentes ni que tengan el mismo valor.

Pues, por una parte, los “hechos” a los que las distintas alternativas se refieren —aun allí donde pueden ser depurados por una información adecuada— son hechos estimados desde intenciones y expectativas ético-políticas que son distintas, incluso allí donde todas son lícitas.

Por otra parte, la moralidad de todas estas alternativas no puede decidirse tan sólo a partir de su validez intrínseca pero abstracta, sino que debe justificarse por el uso ético-político que se haga de ellas, una vez decidida la que vaya a adoptarse. Así, p. ej. no es difícil imaginar comportamientos políticos y militares dentro de la OTAN a los que hubiera que oponer serios reparos morales o incluso declarar inaceptables, como pudiera ser, p. ej., el almacenamiento de arsenales nucleares aptos preferentemente para el llamado “primer uso”. Pero tampoco es difícil imaginar un planteamiento de la “neutralidad armada” impulsado por un maximalismo armamentístico que, entre otras graves consecuencias, diera lugar a un presupuesto nacional gravemente lesivo de obligaciones sociales más perentorias. Esta relevancia ético-política de la realización concreta de la alternativa que se adopte debe ser atendida y estimada para deducir de ella importantes consecuencias. Enseguida explicitaremos algunas.

4.2. Algunas prioridades éticas

4.2.1. La honrada competencia y convergencia entre alternativas, buscando una política de Estado y el máximo consenso en la política de defensa

Lo primero a advertir es que, dado que todas las alternativas contienen elementos irrenunciables de racionalidad, la alternativa que finalmente se adopte debería configurarse políticamente de manera que asuma los elementos más valiosos de las otras alternativas. Bajo algunas condiciones, ello es posible.

Para ello hay que atender también a la mayor o menor *factibilidad* política de las alternativas. Es obvio que no todas ellas ofrecen la misma. Así se va decantando ya y se decantará todavía más a través del debate público y parlamentario y, también como consecuencia de sucesivos acontecimientos internacionales que nos afectarán directa o indirectamente. A esta decantación servirá el que los partidarios de las distintas alternativas —como también los partidos políticos— ni tiendan a exagerar diferencias que, prácticamente, no son reales, ni tampoco a dar a presunciones de posibilidad la misma consistencia que a las situaciones constatables. No es ético ni útil mantener como verdadera alternativa algo que se lanza a la opinión pública con la real aunque latente intención de erosionar la alternativa del contendiente político, sin que se hayan pensado de verdad y sistemáticamente las condiciones de su viabilidad. Siguiendo adelante en este proceso, los partidarios de las alternativas menos factibles —colaborando a una verdadera política de Estado—